Domingo de Resurrección

Hechos de los apóstoles 10, 34a. 37-43; Colosenses 3, 1-4; Juan 20, 1-9

«Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró»

12 Abril 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«He visto que hay un Dios dentro de mi alma que me dice que me quiere con locura y que no me va a dejar. Va a venir a salvarme en esos momentos en los que pienso que todo está perdido»

No es lo mismo hacer cosas que hacer cosas importantes. A lo mejor este tiempo detenido me ayuda a poner las cosas en perspectiva. Y quizás comienzo a ver que esas cosas pequeñas que hago en mi vida cotidiana son las realmente importantes. Quisiera hacer muchas cosas más, cosas grandes. Salvar vidas, acompañar a los enfermos, sanar a muchos. Hay tanta gente sola. Necesito aprender a valorar lo que tengo y no amargarme por lo que no poseo ni puedo hacer. Aprendo a mirar agradecido a mi familia, a mis hermanos, a mis padres. Son mis raíces sagradas que ahora beso agradecido. Hay tantas personas sin hogar, sin familia, sin seres queridos. Pienso en los enfermos que no tienen a nadie o nadie puede verlos. Recuerdo conmovido a todos los que han muerto muchos de ellos angustiados en su soledad. Pienso en los que pasan horas en los hospitales cuidando a otros, sirviendo con el alma rota, jugándose la vida. No descansan, no se quejan, no maldicen. Cuidan y velan junto a los que sufren. Se sienten impotentes y quisieran poder salvar más vidas, poder acabar con esta enfermedad que tanto duele. Pienso en la misión que yo tengo escondido entre mis cuatro paredes. Pienso que ese acto oculto mío de quedarme en casa está cambiando el mundo, aunque nadie lo vea, aunque nadie lo sepa. No pienso sólo en mí. Pienso en los otros, en los vulnerables, en los más frágiles. Ese cambio de mirada lo transforma todo. William James decía: *«El gran descubrimiento de mi generación es que los seres humanos pueden cambiar sus vidas al cambiar sus actitudes mentales»*. Y eso es lo que espero. En medio de esta Semana Santa me da miedo mi propio miedo y mi propia muerte. Me asusta ese miedo mío que me paraliza el alma. No quiero quedarme frío de repente y no sea capaz de llorar, de sufrir con el que sufre. Es este un tiempo de llanto, de lágrimas, de dolor compartido, de abrazos espirituales que consuelan tanta angustia. Es también un tiempo de sonrisas por pantallas y de abrazos virtuales. Cambio mi actitud. No quiero tener miedo a esta vida frágil que pende de un hilo. Confío en que todo pasará algún día y por eso ahora quiero vivir aprendiendo algo de todo lo que me sucede. No quiero que quede como algo del pasado, ya olvidado. Me da miedo esa superficialidad mía. No quiero seguir caminando como si nada, como si no importara tanto sufrimiento, tantos números detrás de los cuales se ocultan vidas, historias santas. Los días dejan huellas en mi alma y sé que no lo olvidaré tan fácilmente. Eso me da esperanza. Las heridas en la piel no cicatrizan de golpe, sólo lentamente, de dentro hacia fuera. Todo lleva su tiempo, pero no quiero dejar paso al olvido. ¡Cuántas cosas he aprendido en este tiempo! He aprendido el valor de un abrazo, lo que importa una mirada, la verdad de un beso. He aprendido la necesidad de la piel, que acorta las distancias. El contacto con la vida, la fuerza de lo cotidiano. He aprendido a vivir la alegría de salir de casa y volver a mi hogar agradecido. He aprendido a amar más y a odiar menos, la vida es corta. He aprendido a mitigar el dolor de otros con una palabra de esperanza y consuelo. He aprendido a través de una pantalla a mirar con ojos profundos la soledad del alma. He aprendido a decir cosas sinceras que son las que importan y no cualquier cosa para salir del paso. He aprendido a hablar desde el corazón una y otra vez sin quedarme atado en superficialidades. He aprendido a valorar el aire fresco en la mañana. He mantenido vivo el sueño de subir una montaña, de jugar en el río, de acariciar los bosques. He aprendido a soñar con el viento contra mi cara, con comidas en el parque, con encuentros que se deslizan abriendo brecha en

el muro de mi soledad. He aprendido a decir te quiero sin que suene a falso. A echar de menos a los que no veo a no ser en una pantalla. He aprendido a obedecer normas que se me imponen coartando mi libertad sagrada. Esas normas que restringen mis pasos que pensaba tan libres. He aprendido a acariciar al que sufre, a cuidar al débil, a pensar en el vulnerable. Al mismo tiempo he tocado mi vulnerabilidad, mi torpeza, mis límites, no soy perfecto. Y sé que no tengo el control sobre mi vida. He visto que hay un Dios dentro de mi alma que me dice que me quiere con locura y que no me va a dejar. **Va a venir a salvarme en esos momentos en los que pienso que todo está perdido.**

Quiero vivir con Jesús cada día de mi semana y especialmente en esta Semana Santa. Tomar aire, sacar la cabeza por la ventana de mi vida y sonreír. Mirar el sol como si fuera la primera vez. Verlo salir entre las nubes o dormir en el horizonte. Quiero soñar imposibles desde mi ventana, a contraluz, contra el viento. Es estrecha a veces la vida, ahora más que nunca. Por eso no dejo de soñar despierto. Con la vida fuera de estas cuatro paredes que son mi vida ahora. La vida de los enfermos en los hospitales. La vida de tantos que se entregan por los que sufren arriesgando su vida. Hay héroes anónimos vestidos de blanco entre camas de hospital. No pienso dejar de soñar mientras descubro la losa que cubre el sepulcro. Y se despierta la vida dormida, o la muerte muerta. Mis sueños son más grandes cuando me han cortado la trama con la que tejía mis pasos. He dejado de caminar, de correr, de tocar las ramas. No sé si me acostumbraré a mi nueva vida cuando resucite. De momento en medio de esta encrucijada tan hiriente no dejo de soñar. Alzo mi voz al cielo para que me oiga Dios, y entienda, que no he perdido la esperanza. Que no me he hundido en una noche sin ruidos, que no he descendido de mi vuelo por miedo a las alturas. Quiero que sepa Dios que sigo caminando, corriendo, entre cuatro paredes. Soñando con una vida inmensa y un amor aún más grande. Me han reducido lo importante a las distancias cortas. Y han alejado de mí a tantos a los que también quiero. Y no por eso mi amor es menos hondo, o mi olvido más vasto. Una pantalla me ayuda a avivar los recuerdos. Y aumenta la sensación de poseer toda la vida entre mis manos. Sigo tejiendo sueños. Y en medio del cautiverio decido tomar decisiones importantes. Saber bien lo que deseo. Recorrer los caminos con una meta clara. Una sicóloga me lo recuerda: «*Tu eres el resultado de lo que decides. Tener una voluntad bien educada. No buscar lo más fácil. Sino lo que me conviene. Elegir una dirección concreta y poner rumbo*»[1]. Está todo en mis manos. Mi manera de vivir la vida, mi forma de enfrentar mis miedos. Yo decido. Yo elijo. Durante la Semana Santa vi a personajes que tomaron decisiones. Herodes tomó la suya, sólo quería un milagro, algo extraordinario, no le interesaba Jesús. Pilatos no decidió nada, decidiéndolo todo mientras se lavaba las manos. Los discípulos tuvieron que decidir, alejarse o estar cerca. Negar a Jesús o evitar las preguntas. Algunos decidieron seguirlo hasta el calvario, mucho riesgo. Los fariseos decidieron que era mejor la muerte de un hombre antes que perderlo todo. Mis decisiones me forman, me hacen. Me da miedo no decidir lo que tengo que vivir. Puedo elegirlo, aunque sea impuesto. Yo decido. Yo elijo el presente como es y como quiero vivirlo. Yo decido cuáles son los principios sobre los que construyo mi casa. Decido qué hacer o no hacer. A quién amar o no amar. Decido dar la vida o guardármela. Parece sencillo elegir, decidir y es lo más difícil. Elijo soñar y no quedarme quieto. Desear lo más grande e idear un mundo mejor. Lo decido. Decido ser libre y no esclavo. No es tan sencillo. Decido hacer el bien y evitar el mal. No siempre me resulta. Opto por Jesús en todo lo que hago. ¿Qué hubiera hecho Él ahora? ¿Cuál sería su actitud en medio de esta pandemia? Parece todo sencillo y no lo es. Decidir me forma. Me hace mejor o peor persona. Dibuja el contorno de mi piel, la hondura de mi alma. Hace brotar flores en mi interior o extiende el desierto por mis huesos. Yo elijo quién quiero ser y descarto al que no quiero. En mis manos tengo todo el poder del mundo. Poseo la inmensa fuerza de los santos que lo cambiaron todo tomando decisiones imposibles. Pero no siempre decido lo correcto, lo que me hace bien, lo que me salva. Me doy cuenta de mi pobreza y debilidad para alcanzar mis deseos. Decía Santa Teresita: «*Deseo ser santa, pero conozco mi impotencia y te pido, Dios mío, que Tú mismo seas mi santidad*»[2]. Que Dios sea mi santidad. Que Dios decida en mí y me levante por encima de mis límites. Me gusta tocar el cielo con mis manos. Abrazar el paraíso sin haberlo visto. Pasar por esa losa

[1] Marian Rojas Estapé, *Cómo hacer que te pasen cosas buenas*
[2] Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

corrida que deja abierto el camino a la vida. No soy santo, Dios es mi camino. Esa puerta que se abre ante mis ojos. Ese sueño realizado en Él, ahí tengo la vida. Quiero tocar las nubes más altas desde mi ventana. Dibujo en el cristal los nombres que guardo. Me invento un camino que lleva rápido a las alturas y pongo nombre a las nubes que reflejan mis anhelos. Tengo una paz profunda porque decido vivir el presente con alegría. Opto por este tiempo que se alarga sin pausa. Los tiempos de Dios no son mis tiempos. **También lo elijo mientras sonrío. O es Dios quien me sonríe.**

Tiene la Semana Santa mucha luz y esperanza. Porque me habla de un amor que no logro vivir y deseo tan hondamente. Un amor que se parte, se da, se dona. Un amor que desciende, se abaja, se humilla. No estoy tan acostumbrado. En el amor me gusta más recibir, ser admirado, ser querido, ser buscado, ser tomado en cuenta. Me gusta ser el centro, el que recibe, el que es abrazado. Y por eso mido tanto cuando me entrego, para no salir perdiendo. Y guardo las distancias cuando no obtengo lo que deseo. O cuando recibo el desprecio que quiero evitar. Es este un amor en el que busco la igualdad, la paridad, la simetría. O busco recibir siempre más de lo que doy, nunca menos, porque eso sería injusto. Pero sé que estoy llamado a un amor más grande del que doy y eso me produce malestar al ver mis límites. Hay en mi corazón el deseo de un amor profundo, infinito. Comenta el P. Kentenich: «*Experimentar impulsos verdaderos hacia un profundo amor. Y este amor es el que queremos cultivar una y otra vez. ¡Conviértete en lo que eres! ¿Qué soy yo? ¡Soy un don de amor de Dios que actúa y camina en este mundo!*»[3]. Soy un don del amor de Dios. Soy una gota en el mar de su misericordia. Soy lo que recibo, ni más ni menos. Pero no sé bien lo que he recibido en mi vida. He llevado cuentas del mal que me han hecho. He acariciado rencoroso todas mis heridas. Me he quedado en las huellas que ha dejado en mi piel el pecado de otros hombres. Me han herido, me han humillado. Y he dado por evidente el amor recibido. En mi familia, en mis padres, hermanos y amigos. He dado por evidente lo que tenía, exigiéndole a la vida lo que me negaba. Rencoroso, sin perdón, sin conocer la misericordia. A menudo pienso, cuando tengo problemas en mis relaciones humanas, que puede que con Dios me vaya mejor. Y lo busco, y me escondo en su costado abierto esperando que allí nada me falle y nadie me estorbe. Sé que normalmente mi forma de relacionarme con los hombres tiene mucho que ver con mi forma de relacionarme con Dios. El amor humano que doy a los que comparten mi camino es muy parecido al amor humano que le doy a Dios. Si no entiendo la gratuidad en mis relaciones humanas, tampoco la voy a entender en mi relación con Dios, eso seguro. Si soy exigente con los demás, buscando lo que no me corresponde, lo que no puedo pedir, lo mismo me va a pasar con Dios. Soy una misma persona, aquí en mis vínculos en la tierra y en mi vínculo con Dios. Escribe Rafael Luciani Rivero: «*Lo primero no era el modo como el hombre se acercaba a Dios (teología de la retribución), sino el modo como Dios se acercaba al hombre (teología sapiencial de la gratuidad)*». Con frecuencia pienso que mi santidad está en mis manos, en mis fuerzas, en mis decisiones llenas de pasión y fuego. Y está bien, porque mi sí es fundamental. Pero como me decía un sacerdote amigo estos días: «*En medio de todo ello vivo descubriendo mucho al Señor y pidiéndole que me mantenga siempre muy necesitado. Sólo desde esa necesidad Él es consuelo para muchos a través de mi pobre ministerio*». No es mi voluntad firme y valiente la que me salva, sino mi necesidad. Soy un necesitado de amor, un mendigo de gratuidad. A cambio de nada Jesús me salva. Una mujer rompió un frasco de perfume y lo vertió en los pies de Jesús. Desproporcionado. ¿Puede ser el amor exagerado en sus gestos? Nunca. Porque el amor al que estoy llamado es desproporcionado. Es mucho más grande de lo que puedo recibir. Y a mí me gusta el equilibrio. Si me dan mucho, devuelvo mucho, no me gusta estar en deuda. Si doy mucho, quiero recibir más, no me gusta pecar por exceso. Es triste mi forma de medir el amor. Pero luego me callo, me miro y pienso, soy un necesitado de un amor inmenso que no poseo y deseo. De un amor gratuito que se convierte en perfume derramado a mis pies, o en unas manos de Dios lavando mis propios pies sucios y pobres. Un amor así es el que quiero, el que no poseo. El gran misterio de la Semana Santa es que un Dios hecho carne se abaja para lavar mis pies y verter en ellos un perfume con un olor que no desaparece. Es el misterio de la gratuidad que no conozco y deseo. Un amor que no mide, no espera, no exige. Un amor que se da buscando sólo que yo esté bien, con paz. Un amor que me mira a mí para saber

[3] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*

cómo me siento sin exigirme cuentas y deberes cumplidos. Dios se acerca a mí, no tengo que acercame yo a Él. Está mucho más dentro de mí de lo que yo mismo comprendo. Me supera su gratuidad y me desborda su amor de misericordia. Yo que lo calculo todo quiero aprender a dar sin medida. Me cuesta tanto hacerlo. Espero que los demás me amen, me quieran, me busquen. Les exijo que me lo den todo. Mientras yo me guardo y protejo. Le pido a Dios estos días que me enseñe la gratuidad de su amor inmenso. Que me ayude a caminar por la vida siendo un don de su misericordia para todos. En mi necesidad Él viene a mí. **Si no fuera un necesitado tal vez no sentiría su presencia a mi lado sosteniendo mis pasos y lavando mis pies con su perfume.**

¿Qué pesa más el amor o la muerte? ¿O es la vida lo que más pesa, la vida eterna que tanto anhela mi corazón? Jesús muere en la cruz por amor. Por ese amor que no cabe dentro de su pecho. Y necesita una lanza que abra la fuente de su vida, de su amor poderoso. Pesa más el amor que la muerte. Eso lo tengo claro. Más aún ese amor que llega al extremo de la muerte. Más la vida que supera la muerte provocada por el odio. Hoy he rezado con alegría: *«Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente».* La Pascua entra como esa lanza en el pecho de Jesús, en el centro mismo del sepulcro cerrado. Y rompe las entrañas de la muerte desgarrándolo todo. Y brota una luz nueva, una sangre bendita, una vida que desborda todas mis expectativas. Me gustan los finales inesperados, las aparentes contradicciones. Un amor rechazado, perseguido, odiado. Un amor que es signo de contradicción. Un amor que se dona hasta el último aliento. Y una muerte poderosa que todo lo tiñe de negro, de gris, de oscuridad a su paso. Hay que ser capaz de morir dando la vida. No sé cómo se hace. Me he acostumbrado a hablar de muertes en estos días. Muchos números, algunos nombres conocidos, cercanos. Y más números y cifras. Muertes provocadas por la injusticia de una pandemia que no respeta mis planes, mis proyectos, mis sueños. La muerte es como esa marea negra que todo lo tiñe de desesperanza. El desgarro y el dolor. ¿Y los sueños incubados en el alma? ¡Cuánto pesa la muerte que cae como una tonelada sobre mi alma enferma! No quiero la muerte, ni el olor a viernes santo. Ni tampoco su silencio extraño y doloroso. No quiero la muerte que acaba con el último aliento. Parece pesar más que el amor que guardo en mi pecho. Esa muerte que no me deja ni siquiera abrazar a quien amo. Esa muerte silenciosa, dura, cruel. Tiene el viernes santo un aire de nostalgia de infinito. Parece que la muerte es el final de todo. Como si caer bajo la tierra fuera el fin de todos, mi propio fin esperado. Una muerte más pesada que el amor. No quiero creer en la muerte como la última palabra pronunciada. Me niego a aceptar esa muerte dura y cruel que ciega mis ojos. No tiene la muerte la última palabra. No pesa más que mi amor. Que el amor de Jesús. Creyó la muerte que tenía el poder de acabar con la vida y no fue así. No lo es ahora tampoco. Y eso que los cadáveres en la calle, los hospitales colapsados, las familias rotas, los gritos de angustia, pesan mucho. Es tan poderoso el grito desde el Calvario. Tan desgarradora la súplica de los que creen en el amor. Mi propia angustia. Es como si la noche no dejara ver la luz de las estrellas. Nubes espesas, como si no hubiera un plan B, una puerta de salida. ¿Es la muerte la única posibilidad para abrir el cielo? No lo sé. No decido yo los caminos, ni los planes. No lo hago. Hay un Dios escondido detrás de las nubes, detrás de la muerte. Un Dios sosteniendo el cuerpo partido de Cristo un Viernes Santo. Hoy escucho: *«Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios».* Parece ser que tengo que morir. Que es esa la puerta estrecha que no quiero atravesar. Porque duele la muerte. Desgarra el alma. Rompe todos mis caminos, destroza todos mis sueños. Comenta Julián Marías: *«Para que el hombre sea moriturus -el que ha de morir- la muerte tiene que alojarse en su biografía, tiene que adquirir dentro de ella, no ya un lugar, sino un puesto necesario. Y esto quiere decir una significación»*[4]. Tengo que aceptar la muerte en mi propia vida para que Cristo pueda resucitar en mí. Tengo que aprender a morir, aunque me duela el alma. Mi corazón necesita acostumbrarse al olor de la muerte dentro de mí, para ser libre. No quiero vivir con tanto miedo a la muerte cuando he sido creado para la vida, para la eternidad. Pero me asusta. Me gusta tanto la vida, y el amor, y lo que aquí comparto y sueño. Me gusta levantarme cada mañana. Acariciar el día con sus horas. Saborear el sabor dulce de los

[4] Julián Marías, *Antropología metafísica*, 1973

encuentros. Reconocer el paso oculto de Dios entre la gente. Inclinar un poco el sol cada segundo de camino, hasta que vencido se oculte manso en el horizonte. Amar con fuerza en signos de entrega. Porque no siempre el amor se expresa de la misma manera. Vivir amando es vivir más hondo, más largo, de forma más verdadera. El odio, no lo sé, igual que el rencor, acortan los días, hacen pesados los pasos, ocultan la luz detrás de nubes espesas. Es como una tormenta en la que parece que el sol nunca más volverá a darme su calor. La muerte de mis planes, de mis sueños. Oculto tras la lápida que cubre mi cuerpo. Me da miedo esa muerte que es una fría noche y parece no tener respuestas. No pesa tanto la muerte, estoy convencido. Es el amor lo más pesado. Pesa más que el odio y que el deseo de venganza. Más que el rencor. Y siendo tan pesado, me hace liviano. Me ata a la tierra y me anuda al cielo. **Porque el amor que sueño, que vivo, que anhelo, quiere ser eterno.**

Hay en Jerusalén un sepulcro vacío. Los cristianos llegan hasta allí para venerarlo. En largas colas de gente esperando su turno. El turno de besar una piedra pulida, con olor a nardo, a vida. Y todo comenzó aquel tercer día con el grito del alma de una mujer enamorada: «*Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto*». Encontró ella un sepulcro vacío, cuando lo único que quería era ungir un cuerpo muerto. Como cuando se rompió el frasco de perfume en Betania sobre los pies del Maestro. Era sólo un anticipo. Perfume sobre pies vivos, no muertos. Siempre pienso que el perfume es mejor verterlo sobre los pies vivos. Los halagos, piropos, elogios, mejor oírlos estando vivos, no desde la otra orilla. Es mejor decir te quiero mil veces antes que ninguna. Decir por qué te admiro a no decir nunca nada. Es mejor hablar que callar, hacer que no hacer. Porque el amor que no se expresa pesa poco, está carente de signos, de presencia real, viva. Es un amor muerto que no hace crecer el corazón del amado. María vertió el perfume cuando era necesario. Después sólo estaba la tumba vacía. No había cuerpo. El templo, el cuerpo, lo que puedo tocar con mis manos. Jesús me dice que aprenda a adorar a Dios en espíritu y vida. Y yo sé que me gusta tocar, ver con las manos, amar con caricias. En este tiempo no puedo, ni tampoco me dejan. Me piden que me recluya por proteger a muchos. Y yo obedezco, aunque el corazón quiere pasear y correr por las calles de Jerusalén. Quiere abrazar, tocar, acariciar. Así es el amor que tiene peso. Y la renuncia duele. Las palabras no dichas, o simplemente guardadas. El sepulcro vacío en Jerusalén siempre me impresiona. También a María la dejó sin palabras. ¿Habrían robado el cuerpo? Sólo esa explicación tenía sentido. ¿Quién habría corrido esa pesada piedra? Parece imposible. Pero un sepulcro vacío puede bastar para creer: «*Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos*». Era posible resucitar a un muerto. Lo habían visto. Lázaro estaba vivo, comió esos días con el Maestro. Ahora estaría escondido. Esperando otro milagro. Esa era una resurrección temporal. ¿Jesús podría resucitar para una muerte posterior? ¿Sería tan poderoso como para resucitarse a sí mismo? ¿Qué sentido tendría resucitar como Lázaro? ¿Tres años más todavía de vida pública, de milagros, de amor derramado en gestos y palabras? Podía ser bastante. ¿Y si volvía para instaurar por fin el reino esperado? No ese reino pequeño como el grano de mostaza. Sino un reino poderoso, con grandes señales, con luces y poder terrenal, aquí en medio del mundo. Eso es lo que el corazón de los discípulos quería. ¿Bastó una tumba vacía para destrozar todos sus modelos y prejuicios? No lo creo, pero sí fue el comienzo. Hizo falta más, mucho más. Apariciones y palabras en la orilla de un lago. Y preguntas profundas. Ellos eran torpes para entender, como yo mismo. Me han dicho tantas veces que Jesús está vivo y yo sigo pensando que el que está vivo soy yo. Mis palabras, mis gestos, mi amor, eso sí está vivo. Pero esa vida intangible que no toco, que no abrazo, me cuesta más. Es más fácil verter el perfume sobre unos pies vivos y no esperar a la muerte. Después de la muerte no tienen sentido las alabanzas. Ni siquiera pesan mucho las lágrimas vertidas. Vale más el amor que abraza y sostiene. Eso sí que tiene peso. Sí que cuenta. Pero hoy me quedo yo con el sepulcro vacío. Corro presuroso como Juan y Pedro. Quiero ver si es cierto lo que dice María. Han robado el cuerpo del Maestro. Quiero indignarme por su desaparición. Quiero también arrodillarme y besar una tumba vacía. Tiene peso mi fe apoyada en la fría piedra. Tanta fe abrazada al sepulcro sin vida. ¿Dónde está la vida? Ahí no. Ahí sólo queda la ausencia de la muerte. Ahí sobre el sepulcro está el

perdón de Dios a tanto odio. Es la última palabra del que ha vuelto a la vida. Sí, el perdón, no la venganza, el abrazo del que está vivo, no el odio del que ha sido asesinado injustamente. No vino Jesús a restablecer el equilibrio. Que mueran injustamente los que injustamente mataron. No vino Jesús a avivar el odio, más bien avivó el amor. No quiso aparecerse a los que no habían creído, para que ahora creyeran. No quiso ponerles fácil la vuelta a casa. Simplemente quiso que lo supieran los suyos. Los que creyeron y luego dudaron. Los que tuvieron miedo y luego esperaron. Los que creyeron en sus palabras y después se olvidaron. Esos pobres de Dios escondidos el viernes santo. Esos que lloraban con lágrimas pesadas, porque el amor tiene más peso que la muerte. Ellos tenían derecho al abrazo del resucitado. Pudieron besar primero el sepulcro vacío. La única prueba no era un hombre vivo entre ellos. Aún no. Para comenzar el camino de la fe bastaba un beso en la piedra fría y solitaria. **Luego vendrían otras pruebas. Ahora todavía no.**

Después del sepulcro vacío viene la fe en el resucitado. Hoy proclamamos: «*Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con Él después de su resurrección de entre los muertos*». Somos testigos de la vida, de la resurrección. Me impresiona que hoy haya tantos signos de vida en medio de tanta muerte. Tantas personas que ayudan, que sacan lo mejor de su corazón. Tantos enfermeros, médicos, auxiliares, personas que colaboran en los hospitales. Tanta vida que brota de sepulcros vacíos. Yo creo en la vida oculta. Esa que no se ve debajo de la apariencia simple de un sepulcro vacío. Esa muerte tan vacía que parece no dar vida a nadie. Pero el olor a muerte despierta la vida. Es la paradoja de la resurrección. Quisieron matar al amor. Quisieron enterrar el último vestigio de vida del Maestro, del falso Mesías, y resucitó con más fuerza. No era Lázaro, ni Elías que volvía a ser hombre mortal. Ahora era una vida verdadera. Una vida eterna que no conoce la muerte. Los brotes verdes de vida que veo en medio de la pandemia me recuerdan al olor a vida eterna que tiene el sepulcro vacío, olor a nardos. Jesús está vivo en ellos, en sus gestos ocultos, en sus servicios silenciosos, en sus caricias sin palabras. En sus abrazos en medio de guantes, batas y mascarillas. La vida es más fuerte que la muerte. Tiene más peso, sin duda. Pero esta vida es un sí para siempre. Un sí que rompe las fronteras de la piel, de la carne caduca. Es más fuerte el olor a la vida que el olor a muerte. Es más fuerte la noticia que no sale en la prensa de tantas vidas silenciosas que se escurren por la lápida perfumada. Más potente el sí de los vivos que el no de los muertos. Más poderoso el abrazo de Jesús resucitado que la ausencia de su cuerpo. Más misteriosa esta resurrección a una vida eterna que la de Lázaro condenado a morir de nuevo. Ahora ya no importa el cuerpo muerto, importa más el glorioso. Ya no tiene sentido ungir un cuerpo sin vida. Tiene más sentido sentir el olor a nardos que desprende la vida. Esas palabras llenas de esperanza de Jesús a los suyos. Somos testigos de un amor que es más pesado que la muerte. He probado el sabor de la vida y no puedo dejar de aspirar al cielo: «*Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*». Quiero correr hoy a ver la vida que se despierta de la piedra abierta. Correr como corrieron Juan y Pedro, los dos más amados: «*Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró*». Corren, no sé si ya creen, pero corren. En realidad, dudan, pero no dejan de correr. No saben qué van a encontrar, corren. Eso me gusta de ellos. Su determinación. No se rieron de María, la mujer que había visto la piedra corrida. ¿Sería cierto? Van ellos a ver. Por si es cierto. Quieren verlo con sus propios ojos. Se arriesgan a ser encarcelados. No les importa. Quieren saber si es cierto. Y si no está ¿dónde lo habrán puesto? El miedo, la incertidumbre, la inseguridad. Por más que predico sobre la resurrección y la vida me aferro enfermizamente a esta vida mortal que poseo. Tan frágil e inconsistente. Tan corta cuando la comparo con la ausencia de tiempo. Sé que tengo pocos días. ¿Por qué tengo tanto miedo a perderlos? Estoy llamado al cielo, a la resurrección de los vivos, a la eternidad con Cristo que ha venido a mostrarme el amor que me tiene. Me quiere por encima de mis miedos. Y me dice que no seré un nuevo Lázaro, que seré un nuevo Cristo. Eso me da esperanza y alegría. Es la vida que deseo. Una vida más plena que la que tengo. Una vida verdadera, honda, eterna. Me gusta la vida que poseo, pero es tan falible, tan frágil. «*Cuando aparezca Cristo, vida*

vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con Él». Creo en esa vida, por eso corro. Corro para no dejar de dar el amor que tengo. Es poco, son pocos mis días. Los entrego, no me reservo. Tengo miedo de perder la vida. Más miedo aún de malgastar mis días. Y sueño con poder darme por entero. Ahora en estos días. Después en un sí para siempre. Hoy, cuando miro a la muerte tan de frente, no tengo dudas. Jesús es un Dios de vivos, no de muertos. Un Dios que me llama a vivir para siempre a su lado. Quiero resucitar con Él. Quiero vivir con esa esperanza que supera todos los miedos de esta pandemia. No pierdo la alegría, no dejo de soñar con cumbres altas, con ideales grandes. **No dejo de aspirar a vivir mejor ahora, de otra manera, escondido en Él.**